

Otro escenario de lucha: franquistas y antifranquistas en la Argentina, 1936-1949*

Raanan Rein**

En las sociedades latinoamericanas, y en especial entre sus colectividades españolas, el levantamiento del ejército español en julio de 1936 y la subsiguiente guerra civil, tuvo una gran resonancia. Así como la guerra dividió a la sociedad española, también se polarizaron las reacciones al otro lado del Atlántico. Si en Europa Occidental y los Estados Unidos la Guerra Civil era considerada por la opinión pública principalmente como la arena en que se confrontaban el fascismo contra la democracia —y a partir de septiembre de 1939 también como un preludio o un “ensayo general” de la Segunda Guerra Mundial— y para los gobiernos occidentales la guerra tenía también significado estratégico, en América Latina se la concebía en forma más compleja y a través de un prisma con sus propios problemas internos, que desde numerosos aspectos se asemejaban a los problemas a los que se enfrentaba España en los años treinta.¹ Los obstáculos en el camino a la modernización, la necesidad de conciliar los marcos constitucionales con una realidad atrasada desde el punto de vista del desarrollo económico y social, problemas de reforma agraria, intervención de las fuerzas armadas en la vida política, relaciones entre iglesia y estado, etc., figuraban en la agenda pública de todos los pueblos hispanoparlantes.

Generalizando, puede verse en América Latina una diferencia real entre las posturas de los gobiernos y las elites gobernantes por un lado, y las de la opinión pública por el otro. Mientras que los primeros demostraban mayor o menor medida de simpatía hacia los rebeldes en contra del gobierno legítimo de España, la mayoría de la opinión pública mostraba una clara tendencia

* El autor quisiera agradecer a: Yad - Hanadiv Humanities Fellowships (Jerusalén) por su apoyo a la investigación llevada a cabo para este artículo.

** Departamento de Historia, Universidad de Tel Aviv.

1. Enrique Gil, “Repercussions of the Spanish Crisis in Latin America”, *Foreign Affairs*, vol. 15, Nº 3 (1937), pp. 547-553; y la introducción de Mark Falcoff a M. Falcoff y Fredrick B. Pike (eds.), *The Spanish Civil War, 1936-1939: American Hemispheric Perspectives* (Lincoln, Nebr., 1982).

a apoyar a las autoridades de la república atacada. Cabe recordar que en julio de 1936, cuando estalló la guerra civil en España, la mayoría de las repúblicas latinoamericanas estaban regidas por militares, y la mayoría de los regímenes en el continente podían ser caracterizados como dictaduras o como los que representaban los intereses de una estrecha oligarquía. Tanto los militares como las elites tradicionales temían los procesos de democratización política y de radicalización social que amenazaban su posición y sus privilegios. No es de sorprender, por lo tanto, que la mayoría de estos gobiernos hubiera seguido con gran recelo y reticencia los acontecimientos en España a partir de 1931, y mostrara comprensión hacia los móviles de los que se levantaron contra la República "bolchevique y masona". Excepciones destacadas entre los presidentes latinoamericanos, por su apoyo al bando republicano, fueron el mexicano Lázaro Cárdenas —exceptuando a la Unión Soviética, México fue el único país que se alineó sin reservas del lado de la República Española y le envió asistencia según sus posibilidades, y después de la victoria de los nacionalistas fue el estado americano que acogió al mayor número de refugiados españoles—, el colombiano Alfonso López Pumarejo, y el chileno Pedro Aguirre Cerda, que fue elegido en 1938.²

En la Argentina, quizás en mayor grado que en cualquier otro país latinoamericano, la opinión pública era en su mayoría pro-republicana, si bien había sectores nada despreciables que expresaron simpatía por los rebeldes. Este artículo se propone esbozar en primer lugar los grupos antifranquistas y profranquistas en la Argentina durante los años de la Guerra Civil española y los siguientes. Al mismo tiempo, deseo mostrar que durante cerca de una década y media, es decir entre los años 1936 y 1949, los diversos gobiernos argentinos, civiles o militares, oligárquicos o populares (bajo los presidentes Justo, Ortiz, Castillo, Ramírez, Farrell y Perón) apoyaron en mayor o menor medida al franquismo pensando que de esa manera servían a los "intereses nacionales" tal como los concebían (mantenimiento del orden social, protección de intereses económicos, defensa de la soberanía nacional ante presiones norteamericanas, demostración de independencia en la política exterior). No obstante, la mayor parte de la opinión argentina no se convenció de tal "necesidad", y continuó manifestando reservas respecto a la cooperación con Franco, lo que forzó a los diversos gobiernos a invertir esfuerzos propagan-

2. Sobre las reacciones a la guerra civil española en América Latina, véase los capítulos sobre México, Cuba, Colombia, Perú, Chile y Argentina en Falcoff y Pike (eds.), *The Spanish Civil War...*; así como T.G. Powell, *Mexico and the Spanish Civil War*, (Albuquerque, 1981); Margalit Bejarano, "La Quinta Columna en Cuba, 1936-1942", *Reflejos*, N° 3 (diciembre de 1994), pp. 49-62; Consuelo Naranjo, *Cuba, otro escenario de lucha. La guerra civil y el exilio republicano español* (Madrid, 1988); Bernardo Vega, *Nazismo, Fascismo y Falangismo en la República Dominicana* (Santo Domingo, 1985); *Cuba y la defensa de la República, 1936-1939* (La Habana, 1981); Eduardo González Calleja, "La derecha latinoamericana en busca de un modelo fascista: la limitada influencia del falangismo en el Perú (1936-1945)", *Revista Complutense de Historia de América*, N° 20 (1994), pp. 229-255; Gerold Gino Baumann, *Extranjeros en la Guerra Civil española: los peruanos* (Lima, 1979). Hay también varios libros de memorias escritos por latinoamericanos que lucharon del lado republicano.

dísticos considerables para justificar ideológicamente la política de colaboración con los destructores de la Segunda República.

¿Franco es igual a Uriburu?

El golpe de estado militar de 1930 fue el acto que puso fin al gobierno radical, dando paso a una coalición cívico-militar que en 1932 asumió al poder en la Argentina. Este gobierno del presidente Agustín P. Justo representaba los intereses de la oligarquía argentina, las mismas fuerzas sociales que se contaban entre los grupos que respaldaban la insurrección militar en España. Desde el punto de vista formal, el gobierno argentino mantuvo una posición neutral, imitando la de Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos, tratando de no provocar protestas públicas agudas, pese a que no debía temer por su situación en comicios, ya que las elecciones de esa época se basaban en el fraude y la corrupción.³ En la práctica, no obstante, adoptó diversas medidas que afectaron a los intereses del gobierno de la República Española.

El canciller Carlos Saavedra Lamas estaba involucrado en intentos de mediación por resolver el conflicto hispano en forma que pudiera promover la posición internacional de los rebeldes. En el mismo sentido actuó el embajador argentino en España, Daniel García Mansilla, decano del cuerpo diplomático apostado en Madrid, durante las primeras semanas de la guerra. En su carácter de presidente de la Asamblea General de la Liga de las Naciones en Ginebra, Saavedra Lamas abortó intentos de tratar la violación del Acuerdo de No Intervención por parte de Italia, Alemania y Portugal.⁴

El gobierno republicano español veía también en la política de concesión de asilo político que adoptó Argentina, una expresión de su simpatía hacia los rebeldes. Numerosos adeptos de los nacionalistas, que temían por sus vidas en la zona republicana, solicitaron amparo en la embajada argentina, y efectivamente unas mil quinientas personas se vieron beneficiadas por tal recurso ante la legación, la cual alquiló a tales efectos instalaciones adicionales. Muchos de ellos fueron evacuados posteriormente por la Armada argentina, y algunos regresaron a España, sumándose a las fuerzas nacionalistas en su zona. La concesión de asilo en edificios de embajadas era práctica

3. Sobre la Argentina de los años '30, véase David Rock, "Argentina, 1930-1946" en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America*, vol. VIII, Cambridge, 1991, pp. 3-71; Mark Falcoff y Ronald H. Dolcart (eds.), *Prologue to Perón: Argentina in Depression and War, 1930-1943* (Berkeley, 1975); Alberto Ciria, *Partidos y poder en la Argentina moderna (1930-1946)* (Buenos Aires, 1964).

4. J.C. Pereira y Angel Cervantes, *Relaciones diplomáticas entre España y América* (Madrid, 1992), pp. 229-233; M. Falcoff, "Argentina" en Falcoff y Pike (eds.), *The Spanish Civil War...*, pp. 313-314; H. Thomas, *The Spanish Civil War*, 2ª edición (London, 1977), pp. 439-440, 681; Claude Bowers, *My Mission to Spain* (New York, 1954), pp. 291, 295. Adrián C. Escobar, embajador argentino en España durante la Segunda Guerra Mundial, había expresado, con fervor, su apoyo a la política española del gobierno argentino. Véase su *Ideas de gobierno y política activa* (Buenos Aires, 1938), pp. 95-97, 102-109.

usual en América Latina, e incluso la embajada de México en Madrid acogió a gente de derecha. Mas lo habitual era dar protección diplomática a miembros de un gobierno derrocado o a la cúpula de una oposición perseguida por el régimen, y nunca en forma tan masiva.⁵

En el plano doméstico, las autoridades argentinas limitaron la actividad de las organizaciones pro-republicanas. En septiembre de 1936 se prohibió en Buenos Aires la realización de asambleas o mítines políticos al aire libre, limitándolos sólo a salas cerradas, y tras previa autorización policial. En noviembre, el Senado aprobó una ley de represión contra el comunismo, cuya redacción era lo suficientemente ambigua como para impedir también la actividad en favor de la República Española. Un año más tarde se limitó más aún la posibilidad de organizar mítines políticos públicos. En varias ocasiones se dispersaron algunas asambleas de solidaridad con la República, aunque se hubieran congregado con las autorizaciones correspondientes en regla. Así, por ejemplo el 14 de abril de 1938, séptimo aniversario de la proclamación de la República, la Federación de Empleados de Comercio, encabezada por Angel Borlenghi, que después se desempeñó como ministro del Interior en el gobierno de Perón a partir de 1946, se proponía celebrar un festival de apoyo a la República en el estadio Luna Park de la Capital Federal, pero a último momento las autoridades no permitieron la realización del evento. Mujeres que recolectaban dinero en las calles porteñas en pro de la República, fueron detenidas con diversos pretextos. También la difusión de publicaciones pro-republicanas fue limitada de distintas maneras. A los simpatizantes de la España franquista, en cambio, se les dio luz verde, al menos hasta que accedió a la presidencia Roberto M. Ortiz.

La mayor parte de las fuerzas políticas opositoras revelaba simpatía hacia la República.⁶ El partido radical, representante de la clase media, era el mayor y el más importante en el sistema político argentino hasta la aparición del peronismo, aunque entre 1930 y 1946 no pudo participar en elecciones nacionales. En su plataforma política el partido enarbolaba las banderas de

5. Sobre el asilo político en la embajada argentina, y el disgusto del gobierno de la República, véase Mónica Quijada, *Aires de república, aires de cruzada: la guerra civil española en Argentina* (Barcelona, 1991), pp. 39-47; Gabriel Jackson, *The Spanish Republic and the Civil War, 1931-1939* (Princeton, New Jersey, 1965), pp. 260-287, 436; y Julio Alvarez del Vayo, *Freedom's Battle* (London, 1940), pp. 228-229. Ver también Javier Rubio, *Asilos y canjes en la Guerra Civil española* (Barcelona, 1989); Beatriz J. Figallo, "Participación de la armada argentina durante la guerra civil española", *Revista de Historia Naval*, Nº 10 (1985), pp. 51-72.

6. Sobre la posición que los diversos partidos políticos tomaron respecto a la guerra civil en España, véase Falcoff, "Argentina"; Quijada, *Aires de república...*; Víctor Trifone y Gustavo Svarzman, *La repercusión de la Guerra Civil Española en la Argentina (1936-1939)* (Buenos Aires, 1993); Ernesto Goldar, *Los argentinos y la guerra civil española* (Buenos Aires, 1986); Enrique Pereira, "La guerra civil española en la Argentina", *Todo es Historia*, Nº 110 (1976), pp. 6-35. A partir de mediados de julio de 1936 los acontecimientos españoles pasaron a ocupar los titulares de todos los periódicos argentinos, posición que no abandonarían hasta el final de la guerra civil. Véase María Jesús Comellas Aguirrezábal, "El estallido de la guerra civil española en la prensa argentina", *Res Gesta*, 31 (1992), pp. 33-48.

la democracia y de la oposición a todo régimen dictatorial. El grueso de las corrientes internas del partido, encabezado por el ex-presidente Marcelo T. de Alvear, vio en el levantamiento militar en España un ataque imperdonable a un régimen civil. El general Franco asumía la imagen de una versión española del general José F. Uriburu, que derrocó en 1930 al presidente Hipólito Yrigoyen y puso fin a la democracia en la Argentina. Esta postura básica se expresaba en el diario radical *Noticias Gráficas* y en la revista que publicaba el mismo partido, *Hechos e Ideas*.⁷ El apoyo del partido radical moderado era muy importante para la República Española, que intentaba quitarse el estigma de revolucionaria y peligrosa con que la calificaban sus oponentes.

El Partido Socialista y su órgano *La Vanguardia* manifestaron un apoyo más coherente y claro aun que el del partido radical en la lucha anti-franquista. El partido se movilizó para una ayuda activa en favor de la República y sus líderes, encabezados por el senador Alfredo Palacios, movieron sus influencias sobre la Confederación General del Trabajo para reclutar voluntarios y fondos para la guerra, y asistir en la absorción de exiliados republicanos después de finalizados los combates con la victoria de los nacionalistas. Desde mediados de los años treinta, la CGT abandonó la postura apolítica que la caracterizaba hasta entonces. Las circunstancias políticas cambiantes en Europa y el ejemplo de los trabajadores franceses y españoles, que se sumaron al Frente Popular en contra del fascismo, hicieron su aporte para el cambio de actitud de los sindicatos argentinos. Con el estallido de la Guerra Civil, todos los gremios se alinearon del lado de la República, y dirigieron una campaña propagandística intensa y un esfuerzo considerable por movilizar asistencia y adhesión en su favor. Durante los años 1936-1939, casi todos los números del órgano de la confederación, *CGT*, incluían por lo menos un artículo dedicado a la situación en España. Personalidades socialistas, tales como Nicolás Repetto, Palacios y Américo Ghioldi, estaban entre los dirigentes de la Junta Patrocinante de Amigos de la República Española. Un apoyo aún más dedicado mostró el Partido Socialista Obrero, una escisión del Partido Socialista, que no perduró mucho tiempo.⁸

El Partido Comunista Argentino, el más antiguo en el continente, declarado ilegal desde 1930, cumplió un papel central en la movilización de apoyo, fondos y voluntarios para la República. Entre 200 y 500 voluntarios salieron

7. Alejandro Cattaruzza, *Historia y política en los años treinta: comentarios en torno al caso radical* (Buenos Aires, 1991); Gabriel Piñeiro, *Del radicalismo al peronismo: "Hechos e Ideas" 1935-1941* (Buenos Aires, 1989).

8. Sobre la CGT y el conflicto español, véase Samuel L. Baily, *Labor, Nationalism and Politics in Argentina* (New Brunswick, 1967), pp. 57-59; Joel Horowitz, *Argentine Unions, the State & the Rise of Perón, 1930-1945* (Berkeley, 1990), p. 98; Hiroshi Matsushita, *Movimiento obrero argentino, 1930-1945* (Buenos Aires, 1986), p. 169. Casi todas las memorias publicadas por dirigentes sindicales mencionan con mayor o menor extensión, el apoyo de la clase obrera organizada a la causa republicana. Así por ejemplo Luis Monzalvo, Alfredo López, Francisco Pérez Leirós, etcétera.

desde Argentina a luchar en España, a pesar de que la embajada española no participaba en la campaña para reclutar combatientes y que el gobierno argentino obstaculizó su camino.⁹ El líder del PCA durante muchos años, Victorio Codovilla, rígido estalinista que manifestaba lealtad absoluta a Moscú, fue enviado de la Internacional Comunista en España durante los años treinta, aun antes de que estallara la contienda fratricida. Actuó en el campo republicano bajo el alias de Medina, e intentó promover la cooperación entre los comunistas ibéricos y los socialistas.¹⁰ Durante el primer año de la Guerra Civil, Codovilla fue en la práctica el verdadero líder del PCE, y Dolores Ibárruri (la Pasionaria) le elogió en sus memorias por su aporte al movimiento.¹¹ Otra figura destacada en el Partido Comunista Argentino, Juan José Real, combatió en el marco de las Brigadas Internacionales desde fines de 1936 y hasta la derrota republicana, regresando entonces a su país, donde se desempeñó entre 1941 y 1953 como secretario de organización del CC del PCA.¹²

También el Partido Demócrata Progresista, cuya base estaba en la provincia de Santa Fe, mantuvo una actividad considerable en favor de la República. Su dirigente Lisandro de la Torre imprimió en sus filas una línea claramente antifranquista, hasta su suicidio en 1939. La política de sus sucesores, Luciano Molinas y Julio A. Noble, y sus posturas en los años subsiguientes respecto al régimen de Franco, fueron acordes a las del extinto dirigente.

Entre los adeptos del bando franquista en la Argentina se contaban diversas organizaciones nacionalistas y sus publicaciones tales como *Crisol*, *La Fronda* y *Clarínada*, y personalidades como César Pico, Mario Amadeo, José María de Estrada, Matías Sánchez Sorondo (uno de los asesores políticos

-
9. Andreu Castells, *Las brigadas internacionales de la guerra de España* (Barcelona, 1974), pp. 377-383; *Los que fueron a España* (Buenos Aires, 1973); Gregorio Bermann, *Conciencia de nuestro tiempo* (Buenos Aires, 1971). Respecto a voluntarios que salieron de la Argentina para sumarse al bando franquista, véase por ejemplo Luis Muro de Nadal, *En España, 1936-1939* (Buenos Aires, 1993).
 10. Sobre la carrera de Codovilla y sus actividades en España, véase Víctor Alba, *The Communist Party in Spain* (New Brunswick, 1983), *passim*; Burnett Bolloten, *The Spanish Revolution* (Chapel Hill, N. Carolina, 1979), pp. 131-134, 304, 332, 342; R.J. Alexander, *Communism in Latin America* (New Brunswick, 1969); Rollie Poppino, *International Communism in Latin America* (New York, 1964); Jorge Abelardo Ramos, *El partido comunista en la política argentina* (Buenos Aires, 1962). Véase también Mario Rapoport, "Argentina" en Leslie Bethell y Ian Roxborough (eds.), *Latin America between the Second World War and the Cold War, 1944-1948* (Cambridge, 1992), p. 103. Sobre las impresiones de Codovilla respecto de la guerra civil y a lo que aprendió en ella, véase su libro, publicado en 1942 tras la muerte del líder comunista español Díaz, *José Díaz, ejemplo de dirigente obrero y popular de la época stalinista*.
 11. Dolores Ibárruri, *El único camino: memorias de la Pasionaria*, (México D.F., 1963). Su versión contrasta con los informes enviados por Palmiro Togliatti a los cuarteles del Comintern, entre julio y septiembre de 1937, en los que responsabilizó en gran medida a Codovilla por el mal funcionamiento del PCE, acusándolo de no haber permitido una mayor autonomía al partido. Véase E. H. Carr, *The Comintern and the Spanish Civil War* (London, 1984), pp. 60-61, 93-95, 97.
 12. Juan José Real, *30 años de historia argentina* (Buenos Aires, 1962), pp. 52-56.

más cercanos al general Uriburu, y posteriormente senador. Ya en septiembre de 1936 actuó para suscribir a senadores a un telegrama de felicitaciones al gobierno de Burgos, y en marzo de 1937 se embarcó rumbo a Italia a entrevistarse con Mussolini y a España para encontrar a Franco), su hijo Marcelo, Juan Carlos Goyeneche, Manuel Fresco (que se desempeñaba a la sazón como gobernador de la provincia de Buenos Aires, y pretendía ofrecer un liderazgo carismático para la derecha nacionalista, del estilo de Mussolini), y otros.¹³

Debe recordarse que a partir de la segunda década de este siglo comenzó a destacarse entre los nacionalistas de la derecha argentina, cierta corriente hispanófila. Para figuras como Manuel Gálvez, Ricardo Rojas y Joaquín V. González, la respuesta a la falta de un "espíritu patriota argentino" —debido a las grandes olas inmigratorias que llegaron al país, y al peligro de bolchevización de las masas argentinas— se encontraba en el retorno a los valores y al legado hispano y católico. La presencia de Ramiro de Maeztu en Buenos Aires a fines de los años veinte tuvo una gran influencia, al menos en algunos de los nacionalistas mencionados. Maeztu fue uno de los pocos intelectuales españoles destacados que apoyó la dictadura de Primo de Rivera, y fue enviado por éste a servir como embajador en Argentina. Durante su estadía en Buenos Aires comenzó a desarrollar su concepción de la hispanidad católica y autoritaria, tal como se publicó en Madrid en 1934, en su libro *Defensa de la Hispanidad*, doctrina que adoptara posteriormente Franco como política oficial.¹⁴

Durante los años treinta sufrió la Argentina una gran conmoción. La gran crisis económica mundial de los años 1929-1930 y sus consecuencias políticas y culturales pusieron un interrogante respecto a la validez del modelo democrático y los valores liberales, tal como los representaban los países anglosajones y Francia. Aparecieron también las primeras grietas en el especial lazo económico complementario que mantuvo Argentina con Gran Bretaña durante un período prolongado. Simultáneamente comenzaron a multiplicarse las voces críticas sobre la dependencia continua respecto del

-
13. Sobre los nacionalistas de la extrema derecha en los años 30 y 40, véase David Rock, *Authoritarian Argentina: The Nationalist Movement, Its History and Its Impact* (Berkeley, 1993); Sandra McGee Deutsch y Ronald H. Dolkart (eds.), *The Argentine Right: Its History and Intellectual Origins, 1910 to the Present*, (Wilmington, Delaware, 1993); Cristian Buchrucker, *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)* (Buenos Aires, 1987); Enrique Zuleta Alvarez, *El nacionalismo argentino* (Buenos Aires, 1975); Marisa Navaro Gerassi, *Los nacionalistas* (Buenos Aires, 1968); y también las entrevistas del autor con Marcelo Sánchez Sorondo, Joaquín Díaz de Vivar, Máximo Etchecopar y José Ignacio Ramos (Buenos Aires, junio-septiembre de 1989). De acuerdo con Sánchez Sorondo, él y sus amigos eran más falangistas que franquistas, ya que Franco no les impresionaba intelectualmente, a diferencia de José Antonio Primo de Rivera, a quien idolatraban.
14. Sobre el pensamiento de Maeztu, así como sobre su estadía en la Argentina, véase Angeles Egidio León, "La hispanidad en el pensamiento reaccionario español de los años treinta", *Hispania* N° 184 (1993), pp. 651-673; Beatriz J. Figallo, "Ramiro de Maeztu y la Argentina", *Res Gesta* N° 24 (1988), pp. 73-92; Vicente Marrero, *Maeztu* (Madrid, 1955).

Reino Unido, que provocó malformaciones en el desarrollo del país, comenzando a fluir una corriente de revisionismo histórico. El sistema político que se sustentaba en el fraude y la falsificación para mantener una apariencia de democracia provocó burla y desprecio en diversos círculos. En tales circunstancias no sorprende que el modelo corporativo en sus diferentes variantes comenzara a atraer la atención de varios grupos de derecha. Lo mismo es válido para el levantamiento militar en la península, que manifestó la vitalidad de la derecha española, y el régimen del general Franco, que se estaba cristalizando.

Mario Amadeo explicó años más tarde:

“Durante la guerra civil [española] me sentí íntimamente solidarizado con las fuerzas nacionales porque entendí que no se debatía una cuestión puramente doméstica sino que se planteaba la disyuntiva entre los más altos valores religiosos y culturales de Occidente y la barbarie marxista”.¹⁵

mientras que Manuel Gálvez justificó su apoyo a la España nacionalista refiriéndose a la identidad nacional amenazada tanto en la península ibérica como en la Argentina:

“Están en peligro nuestro concepto de la vida, de la familia, de la moral y hasta de la dignidad de la mujer. Está en peligro nuestra religión católica, combatida en nuestra propia casa por el protestantismo prepotente [...] En fin, está en peligro hasta nuestro idioma, que será cada día más bastardeado por voces y modismos extranjeros”.¹⁶

La mayor parte de la capa jerárquica de la iglesia argentina apoyó la rebelión que comenzó el 18 de julio de 1936, y movilizó ayuda para los nacionalistas mientras duró la guerra. Para los obispos argentinos la guerra sirvió como un ejemplo para reforzar sus argumentos respecto a la necesidad de un rol más central para la Iglesia en la sociedad y en el estado, para aportar a la estabilidad y al orden social, frenando el deterioro por la violencia en las relaciones entre las clases sociales. Para los clérigos con posturas más autoritarias, los eventos en España demostraban que se debía abandonar por completo la democracia y el liberalismo, ya que conducían necesariamente al caos social, a revoluciones y guerras. Los órganos de los católicos, comenzando por el diario *Pueblo* y hasta el prestigioso semanario *Criterio*, que dirigía desde 1932 monseñor Gustavo Franceschi, no ocultaron sus críticas a lo que ocurría en la República Española, que arreciaron en los meses anteriores al estallido de la guerra civil. Desde el momento en que comen-

15. Mario Amadeo, *Ayer, hoy, mañana* (Buenos Aires, 1956), pp. 34-35.

16. Manuel Gálvez, *España y algunos españoles* (Buenos Aires, 1945), pp. 5-6; Mónica Quijada, *Manuel Gálvez: 60 años de pensamiento nacionalista* (Buenos Aires, 1985), pp. 84-89.

zaron los combates, estas publicaciones destacaban el desorden en la zona republicana, y especialmente el daño a instituciones y personas religiosas.

La gran comprensión que demostró la iglesia argentina a la legitimación que dio la iglesia-madre ibérica a la "cruzada" de Franco, debe relacionarse con el hecho de que el primado de la iglesia española, el arzobispo de Toledo, Isidro Gomá y Tomás, aliado de Franco, había asistido en 1934 en la Argentina al Congreso Eucarístico Internacional. Se encontró con religiosos locales y expuso ante ellos sus concepciones autoritarias, sus críticas a la República Española y su postura en lo relativo al lugar que debe ocupar la Iglesia en el estado moderno.¹⁷

Con la inspiración del cardenal Santiago Luis Copello, primado de la iglesia argentina, comenzó una campaña de colectas para la rehabilitación de iglesias, monasterios o elementos de culto dañados o deteriorados por los "rojos", que se expresó en pastorales y homilías desde los púlpitos. El alma máter en esta campaña era monseñor Franceschi, quien partió en marzo de 1937 rumbo a España para entregar las donaciones a las autoridades nacionalistas. Durante tres meses recorrió las zonas bajo dominio franquista, y a su regreso a Buenos Aires se convirtió en el defensor de su causa ante la opinión pública argentina. La iglesia local se mantuvo firme en su apoyo a las fuerzas nacionalistas también después de finalizada la lucha, oponiéndose a que se otorgaran visas de entrada a exiliados republicanos. No obstante, existió un grupo minoritario de católicos liberales, que apoyaron a la España republicana y durante la Segunda Guerra Mundial a los Aliados, agrupándose desde 1941 alrededor de la revista *Orden Cristiano*.¹⁸

Pero la disputa más enconada se desarrolló en el seno de la comunidad española de la Argentina. En vísperas de la lucha fratricida, el número de españoles en aquel país se calculaba entre un millón y medio y dos millones de personas, sobre una población total de aproximadamente 12 millones de habitantes. Este guarismo incluye a los argentinos nativos descendientes de inmigrantes españoles, considerados ciudadanos del país, aunque Madrid los consideraba como españoles en todo sentido.¹⁹ Como en otras grandes comunidades españolas en América Latina —tales como las de Brasil, Cuba, Chile o Venezuela— una indudable mayoría, especialmente de la clase media y la trabajadora, era pro-republicana. Muchos de ellos se organizaron para recaudar dinero, víveres, ropas y medicinas para la República cercada.²⁰ Debe recordarse que en la comunidad española de la Argentina, el porcentaje de

17. Véase por ejemplo su discurso del 12 de octubre de 1934 en Buenos Aires, que aparece como apéndice en el libro de Ramiro de Maeztu; Isidro Gomá y Tomás, "Apología de la Hispanidad", en *Defensa de la Hispanidad* (Madrid, 1946), 5ª edición, pp. 307-356.

18. Falcoff, "Argentina", pp. 324-326; Pereira, "La guerra civil española...", p. 22; Susana Bianchi, *La Iglesia Católica y el Estado Peronista* (Buenos Aires, 1988), p. 8.

19. Falcoff, "Argentina", p. 291; Goldar, *Los argentinos...*, p. 115.

20. Mónica Quijada, "Un colectivo de emigrantes ante la guerra civil: la comunidad española de la Argentina", *Arbor*, 510 (1988), pp. 85-107; así como las memorias del último embajador de la República Española, Angel Ossorio, *Mis memorias* (Buenos Aires, 1946), pp. 242-243.

vascos, catalanes y especialmente gallegos, era mayor que en la propia España, y en esos grupos la hostilidad hacia el franquismo era notable.

El representante del gobierno de Burgos en la Argentina, Juan Pablo de Lojendio, escribió con soberbia sobre aquellas "masas ignorantes" ganadas por la propaganda marxista:

"Las clases modestas de la colectividad son [...] hombres de acción y de escasa cultura, sin conocer no ya nuestra Historia sino hasta España [...] resentidos en cierto modo con España porque la necesidad les obligó a emigrar, [...] sin otro alimento espiritual que la lectura de periódicos que no hacen más que desorientarles, están entregados por completo a la causa de los marxistas españoles creyéndose muchos de ellos de buena fe que defienden la democracia. Y ¿cómo no va a agradarles la democracia, tal como ellos la entienden, si es de la única forma que pueden lograr una igualdad que nunca podrán conseguir por sus propios méritos?"²¹

Entre los centros regionales de los españoles, los dos más importantes apoyaron a la República, aunque no desde el primer momento. En octubre de 1938 ganó el candidato republicano moderado, José Neira Vidal, en las elecciones realizadas en el Centro Gallego, por amplia mayoría. En una etapa en que los ejércitos republicanos perdieron velozmente territorio en la península, los gallegos pro-republicanos de Buenos Aires, el primer centro urbano gallego, a gran distancia de las capitales de Galicia, conquistaron el control del Centro Gallego. Posteriormente, durante muchos años continuaron las facciones antifranquistas derrotando a sus oponentes, lo que dio lugar a que la bandera republicana siguiera ondeando al frente de la institución.²²

En el Centro Asturiano venció en los comicios internos la facción republicana "Tierrina", y ésta continuó dominando el Centro hasta 1974. Tras su victoria, el Centro envió telegramas de adhesión al gobierno de la República, que en estas últimas etapas de la guerra tenía su sede en Barcelona. El Centro se convirtió en hogar para destacados exiliados asturianos, tales como el estadista Augusto Barcía y el poeta Alejandro Casona, e invitó a personalidades republicanas como Indalecio Prieto y el general Vicente Rojo. Durante la Segunda Guerra Mundial y tras ella, la organización actuó para traer exiliados asturianos desde Francia, aunque sin éxito. Asimismo, el Centro se

21. Lojendio a Jordana, 2.2.37, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid) (en adelante AMAE), R.1003/10.

22. Antonio Fernández García, "Los círculos de emigrantes ante la guerra de España: la colonia gallega de Buenos Aires", *Quinto Centenario*, Nº 16 (1990), pp. 121-140. Según Eduardo Sánchez Millares, miembro de la junta directiva del Centro Gallego desde los años '40 y su presidente de 1970 a 1978: "Fui antifranquista en la década del '30 pues el 90 % de los gallegos en Buenos Aires eran antifranquistas" (entrevista del autor, 7 de agosto de 1989).

dirigió al gobierno argentino para que intercediera ante su par español en pro de diversos presos políticos.²³

El régimen de Franco obtuvo el apoyo de varias organizaciones, tales como el Hospital Español, el Club Español, la Asociación Patriótica Española, y otras formadas por oriundos de Andalucía, Navarra, La Rioja, etc. Mas la organización más importante en todo lo que se refiere a movilización de donaciones y envíos de medicamentos, alimentos y ropas a la zona nacionalista, fue la de Legionarios Civiles de Franco, formada por la iniciativa de Soledad Alonso de Drysdale y el conde de Guadalhorce, y cuyos miembros más destacados pertenecían a la élite de la colonia española local.²⁴ Menos significativa fue la acción de la sección argentina de la Falange Española y de las JONS. Escritos posteriores, redactados especialmente durante la Segunda Guerra Mundial, exageraron en gran medida la actividad franquista en general y la falangista en particular en América Latina a partir de 1936, y su aporte en la promoción de los intereses de la Alemania Nazi en esa región del mundo. En la práctica, en la mayoría de los países latinoamericanos, y entre ellos en Argentina, su actividad fue muy limitada.²⁵ Como ya dijimos, la mayor parte de la colectividad española permaneció fiel a la República. En un acto realizado por las organizaciones profranquistas de la comunidad española de Buenos Aires para festejar la victoria nacionalista en la Guerra Civil, Juan Pablo de Lojendio evocó los difíciles momentos sufridos por la minoría que había creído y cifraba esperanzas en el triunfo del general Franco.²⁶

La lucha contra amplios sectores de la opinión pública en Argentina y en otros países latinoamericanos era imposible desde el punto de vista de los

23. *Asturias*, números de enero, febrero, agosto y octubre de 1939, junio y julio de 1940 y noviembre de 1941; Centro Asturiano, *Libro de actas de la junta directiva (sept. 1943 a feb. 1946)*, p. 366; así como la entrevista del autor con Francisco Alvarez, miembro de la junta directiva desde 1944 y presidente de dicha institución desde 1960 a 1963 (Bs. As., 20 de octubre de 1989).

24. Archivo General de la Administración (Alcalá de Henares), caja 9246; Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto (Bs. As.) (en adelante AMREC), División Política, España, 1939, 4259/11, vicecónsul en Zaragoza al MREC; Falcoff, "Argentina", pp. 322-323; Quijada, *Aires de república...*, pp. 187-191.

25. Allan Chase, por ejemplo, sostenía que la Falange contaba con más de un millón de adherentes entre la Patagonia y Panamá, y Ray Josephs afirmó, sin base, que por lo menos la mitad del presupuesto de la Falange estaba asignado a actividades en América Latina. Véase Allen Chase, *Falange: The Axis Secret Army in the Americas*, (New York, 1942); Ray Josephs, *Argentine Diary: The Inside Story of the Coming of Fascism*, (New York, 1944). Véase también John Gunther, *Inside Latin America*, (London, 1942); Thomas J. Hamilton, *Appeasement's Child: The Franco Regime in Spain* (New York, 1943), ch. 13; Hugo Fernández Artucio, *The Nazi Octopus in South America* (London, 1943). Los estudios más recientes resultan más balanceados y objetivos, por ejemplo, véase Eduardo González Calleja, "El servicio exterior de la Falange y la política exterior del primer franquismo: consideraciones previas para su investigación", *Hispania* 186 (1994), pp. 279-307; Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla, *Imperio de Papel: acción cultural y política exterior durante el primer franquismo* (Madrid, 1992), pp. 130-142.

26. *La Prensa*, 1.5.39.

representantes franquistas en los años 1936 a 1939, tanto por la magnitud de la tarea como por los reducidos recursos financieros de que disponían. En medio de una guerra civil, las autoridades franquistas no podían asignar grandes sumas de dinero a este objetivo, y la actividad de los representantes nacionalistas se basó principalmente en donaciones que recolectaron entre las comunidades españolas locales. En consecuencia, el gobierno nacionalista de Burgos instruyó a sus delegados en América Latina a que concentraran sus esfuerzos en los estrechos círculos de la cúpula del gobierno, las fuerzas armadas, la iglesia y la comunidad española, y a renunciar en esta etapa, por lo menos hasta la victoria en la guerra, a la lucha por la opinión pública general.²⁷

La Segunda Guerra Mundial y los cimientos de la alianza Franco-Perón

Sólo cinco meses después de la terminación oficial de la Guerra Civil y de que el Caudillo estableciera su gobierno en Madrid, estalló la Segunda Guerra Mundial. Circunstancias internacionales similares derivadas de la posición de neutralidad de España y de la Argentina, e intereses económicos complementarios, impulsaron a ambos estados a profundizar la cooperación entre ellos. De esta manera se colocaron los cimientos de la alianza que caracterizará las relaciones hispano-argentinas en la segunda mitad de los cuarenta, y que provocará gran recelo por parte de amplios sectores de la sociedad argentina.

La neutralidad española revestía un carácter muy diferente de la argentina. Si bien Franco se apresuró a declarar oficialmente su neutralidad apenas iniciados los combates, su simpatía por los países del Eje y su ambición de crear un nuevo orden en Europa, era un secreto a voces.²⁸ Esta simpatía se expresó de diversas formas: una fuerza de voluntarios, que contaba con unas 18.000 personas, la *División Azul*, salió a luchar en el frente oriental, junto a las huestes del Reich; miles de obreros españoles fueron enviados a Alemania a colaborar en el esfuerzo bélico; España vendió a Alemania materias primas estratégicas y equipos militares; bases aéreas en territorio ibérico prestaron servicios a aviones de reconocimiento alemanes y buques

27. Raanan Rein, "Francoist Spain and Latin America, 1936-1953", en Stein Ugelvik Larsen (ed.), *Fascism Outside Europe* (New York, en prensa); Rosa María Pardo Sanz, "Hispanoamérica en la política nacionalista, 1936-1939" en *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, t. V (1992), pp. 211-238.

28. Sobre la posición de España durante la Segunda Guerra Mundial véase, entre otros, Javier Tusell, *Franco, España y la II Guerra Mundial. Entre el Eje y la neutralidad* (Madrid, 1995); Paul Preston, *The Politics of Revenge* (London, 1990), ch. 3; K.J. Ruhl, *Franco, Falange y "Tercer Reich"* (Madrid, 1986); Denis Smyth, *Diplomacy and Strategy of Survival: British Policy and Franco's Spain, 1940-1941* (Cambridge, 1986); D.W. Pike, "Franco and the Axis Stigma", *Journal of Contemporary History*, vol. 17, num. 3 (1982), pp. 369-407.

germanos repostaban en puertos peninsulares. Los medios de comunicación españoles expresaban un apoyo entusiasta al Eje hasta 1945.²⁹ No obstante, a lo largo de la guerra, Franco adoptó una política cautelosa, dictada más por una serie de presiones objetivas que por sus posturas hacia los acontecimientos en Europa. El Generalísimo sabía que tan poco tiempo después de finalizada la Guerra Civil, su país se encontraba agotado desde el punto de vista económico, social, militar y psicológico. Hubiera querido entrar en la guerra, pero sólo en sus últimas etapas, esperando poder disfrutar de los frutos de la victoria fascista.³⁰ Tras la caída de Francia en junio de 1940, España dio otro paso hacia su entrada al campo de batalla, pasando del estado de neutralidad al de no-beligerancia y ocupando la zona internacional de Tánger, aunque no fue más allá que eso. La entrada de los Estados Unidos a la guerra como consecuencia del ataque japonés a Pearl Harbor en diciembre de 1941, las derrotas del Eje en el norte de Africa y en Stalingrado, así como la destitución de Mussolini, obligaron a Madrid a reconsiderar su posición. En octubre de 1943 retornó España al estado de neutralidad, comenzando un acercamiento paulatino hacia los Aliados.

Tampoco la Argentina participó en la guerra mundial. Desde el punto de vista formal, mantuvo su neutralidad, y en forma similar a lo que ocurrió con España, dicha política se interpretó como una expresión de apoyo a Alemania e Italia, aunque en cada uno de los casos, los móviles, el carácter y el significado de la neutralidad, eran completamente diferentes.³¹ En el caso argentino se trató de cuatro presidentes distintos (dos civiles y dos militares), que intentaron mantener a su país al margen de la guerra, basándose exclusivamente en los intereses propios de su país, y en el reconocimiento de la distancia geográfica que mediaba entre sus costas y los sitios en que se desarrollaba la lucha armada, y distinguiendo en forma clara la postura argentina hacia Gran Bretaña de la postura hacia los EE.UU. Mientras que había reticencia hacia el país del norte y a cooperar con él, Argentina mantuvo

29. Gerald R. Kleinfeld and Lewis A. Tambs, *Hitler's Spanish Legion: the Blue Division in Russia* (Carbondale, III, 1979); R. García Pérez, "El envío de trabajadores españoles a Alemania durante la segunda guerra mundial", *Hispania*, Nº 170 (1988), pp. 1031-1066.

30. Serrano Suñer dijo que el tiempo elegido para la guerra fue inconveniente para España (citado en R. Carr, *Spain 1808-1975*, 2ª ed., London, 1982, p. 710). En una entrevista periodística a fines de 1945, admitió: "Sí, yo era pro-alemán y España era pro-alemana ... Franco y yo, y la España nacionalista detrás nuestro, no sólo contábamos con la victoria de Berlín, sino que la deseábamos con toda el alma. Mi plan consistía en entrar en la guerra en el momento de la victoria de Alemania" (citado por Max Gallo, *Spain Under Franco: A History*, London, 1973, p. 159).

31. Sobre la Argentina en la Segunda Guerra Mundial véase, entre otros, Mario Rapoport, "La Argentina y la Segunda Guerra Mundial: mitos y realidades", *EIAL*, vol. 6, Nº 1 (en prensa) y su *Gran Bretaña, Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas, 1940-1945* (Buenos Aires, 1980); Carlos Escudé, *Gran Bretaña, Estados Unidos y la declinación argentina, 1942-1949* (Buenos Aires, 1983); Guido Di Tella y D. Cameron Watt (eds.), *Argentina between the Great Powers, 1939-1946* (London, 1989); Ronald C. Newton, *The "Nazi Menace" in Argentina, 1931-1947* (Stanford, 1992).

un lazo estrecho con los ingleses. Las grandes cantidades de alimentos que siguió vendiendo a éstos durante todos los años que duró la guerra ayudaron a su esfuerzo bélico y a su capacidad para resistir la agresión alemana.

La neutralidad argentina era producto de su tradicional lazo económico y cultural con Europa y de sus también tradicionales reservas respecto a las aspiraciones estadounidenses de hegemonía en el continente americano, que ya habían sido expresadas a fines del siglo XIX en las diversas convenciones panamericanas.³² Las fricciones entre Buenos Aires y Washington se originaban también en las dificultades de comercio entre ambos países, debidas a que sus economías competían entre sí, y no se complementaban como era el caso con el Reino Unido. Durante muchos años estuvieron las puertas de los Estados Unidos cerradas para los cereales y la carne argentina, principal fuente de ingresos de la república del Plata. La memoria de la neutralidad adoptada en la Primera Guerra Mundial, asociada por numerosos argentinos con un período de prosperidad y desarrollo económico, también tuvo su peso.

No obstante, no debe dejar de considerarse la existencia de grupos nacionalistas que favorecían al Eje, que aunque constituían una minoría en la sociedad argentina, tuvieron gran influencia en el clima intelectual y político de aquellos años, así como de tendencias autoritarias y anti-comunistas en el seno de la Iglesia y de la oligarquía gobernante, y de la existencia de grupos germanófilos en círculos militares. Debe recordarse que desde fines del siglo XIX y hasta la Segunda Guerra Mundial, Alemania fue el país extranjero con mayor influencia sobre el ejército argentino.³³

De todos modos, a pesar de las diferencias en las características de la neutralidad española y argentina, resulta claro que Franco pretendía alentar el mantenimiento de dicha actitud por parte de Buenos Aires, donde su embajador recibió instrucciones de aclarar al gobierno que "España considera... que existe conveniencia mundial de que un grupo de países... permanezca en posición expectante y alejados [de la] contienda a fin de constituir un núcleo que pueda ofrecer en su día, la fórmula de paz tan deseada. España estima que sería muy conveniente que este grupo estuviera formado principalmente por naciones [de] nuestra raza".³⁴ Los militares argentinos por su parte, ante el boicot norteamericano y el deterioro entre el equilibrio de fuerzas de su país y las del Brasil, intentaron, entre otras cosas, obtener armamento y equipos militares españoles o alemanes a través de la España neutral. Pero estas negociaciones no tuvieron resultados tangibles, y final-

32. Sobre los conflictos entre la Argentina y los Estados Unidos en las conferencias panamericanas véase Thomas F. McGann, *Argentina, the U.S. and the Interamerican System, 1880-1914* (Cambridge, Mass., 1957); Gordon Connell-Smith, *The Inter-American System* (London, 1966); H.F. Peterson, *Argentina and the U.S., 1810-1960* (New York, 1964); O. E. Smith, *Yankee Diplomacy - U.S. Intervention in Argentina* (Dallas, 1953).

33. E. B. White, "German Influence in the Argentine Army, 1900 to 1945", tesis doctoral inédita, University of Virginia, 1986; George P. Atkins and Larry V. Thompson, "German Military Influence in Argentina, 1912-1940", *Journal of Latin American Studies*, vol. 4, Nº 2 (1972), pp. 257-274.

34. Jordana a Bulnes, 5 de enero de 1943, AMAE, R.1078/5.

mente salieron de la Península Ibérica al Río de la Plata solo contados cargamentos de equipos de carácter militar, y también estos eran de una importancia limitada.³⁵

Más importante era el vínculo económico hispano-argentino que fue tejiéndose durante los años de la guerra, y que luego ocuparía el centro en la alianza Franco-Perón. España necesitó a lo largo de la década del cuarenta importar productos alimenticios en gran escala, principalmente cereales, y no contaba con los fondos que le posibilitaran estas adquisiciones. Durante la guerra y después de ella, la Argentina estaba en condiciones de suministrar tanto lo uno como lo otro. Desde el punto de vista del régimen franquista, la conexión con la Argentina tenía una gran ventaja. En medio del conflicto bélico toda asistencia proveniente de un país que se encontraba en uno de los bandos beligerantes, tenía un significado político claro. La ayuda de la Argentina neutral no adquiriría estos significados. Al finalizar la guerra mundial y tras la victoria aliada, la ayuda de los países occidentales podría involucrar presiones para una liberalización del régimen, y una asistencia por parte del este comunista ni siquiera debía considerarse. Perón, en cambio, no exigía ningún precio político como retribución por los vínculos económicos. Otra ventaja desde la perspectiva española residía en la posibilidad propagandística de envolver este lazo con retórica en pro de la vitalidad de la Hispanidad y de la fraternidad entre los pueblos hispanos.

Argentina, por su parte, se vio obligada por aquellos años a reducir sus exportaciones de productos agrícolas, y por ello el vuelco hacia el mercado español era una de las posibilidades de solución parcial al problema con que se enfrentaba. En ambos periodos —los años de la guerra y los de la presidencia de Perón— la Argentina estuvo interesada en importaciones que contribuyeran a promover su industria como contraprestación por sus exportaciones agrícolas, y España prometió actuar en tal sentido, aunque no podía cumplir tales compromisos, sino en forma limitada.

La opinión pública argentina ante la alianza Franco-Perón

En 1946 accedió al poder en Buenos Aires un gobierno diferente a todos los que le precedieron, en primer lugar en lo relativo a la base social que lo sustentaba. Era el gobierno de Juan Domingo Perón. Pero, en cuanto se refería a las relaciones con la España franquista, destacaba precisamente la tendencia a la continuidad, que caracterizó a la política argentina, más que el cambio.

La asistencia económica y política que dio el gobierno de Perón a la

35. U.S. Department of State, *Consultation Among the American Republics with Respect to the Argentine Situation* (Washington D.C., 1946), pp. 6-17; R.A. Potash, *The Army and Politics in Argentina, 1928-1945. From Yrigoyen to Perón* (Stanford, 1969), pp. 169-173, 222-223, 230-231; Beatriz J. Figallo, "La Argentina y España durante la segunda guerra mundial" *Res Gesta* (enero-junio 1988), pp. 69-83.

dictadura de Franco revistió una importancia política particular. Durante la segunda mitad de los años cuarenta, el régimen del Caudillo debió hacer frente a diversas presiones, tanto en el frente doméstico como en el extranjero. Muchos creían que sus días en el poder estaban contados, y que no estaba lejos el momento en que su destino sería como el de los restantes regímenes fascistas o semi-fascistas que surgieron en Europa, entre ambas guerras mundiales, que se desmoronaron con la derrota del Eje en 1945. Mientras que España sufría una grave penuria económica, que amenazó con sacar grandes masas a las calles en protesta contra el régimen incapaz de asegurarles el suministro de productos básicos, otros países en el occidente democrático y en el este comunista por igual, se negaron a cooperar con la dictadura ibérica. Ante tales circunstancias, tal como sostuve en otro lugar, la ayuda argentina cumplió un papel central en la salvación del régimen de Franco de una inminente caída.³⁶

No podremos discutir aquí los diversos aspectos del pacto Franco-Perón, aunque corresponde enfatizar que esta alianza provocó una amplia oposición en la opinión pública argentina. Esta afirmación no puede basarse en sondeos, que a la sazón no existían; mas el análisis de las posturas de los diversos partidos políticos, las opiniones vertidas en los diarios y las reacciones de los miembros de la comunidad española en la Argentina, nos permiten afirmar que esta reserva respecto a la cooperación con el régimen de Franco no se puede clasificar según los cortes habituales de clases sociales, profesiones, afiliación partidaria en el eje político izquierda-derecha, origen o creencia religiosa. De hecho, penetró en una u otra medida en todos los grupos y clases, y ello fue reconocido incluso por los representantes de la diplomacia española en Buenos Aires.

Los partidos de la oposición argentina estaban unificados en su rechazo absoluto a la política de asistencia económica, diplomática, política y moral al franquismo. Ocho meses después del revés en las urnas, la Unión Democrática, que había enfrentado a Perón en febrero de 1946, pareció estar reviviendo gracias a este punto. En un manifiesto dirigido al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, un grupo de dirigentes políticos argentinos exhortaban a actuar en pro de la restitución de la libertad en España. El manifiesto exigía el reemplazo del gobierno usurpador por un gobierno republicano legítimo, y lo firmaba un grupo de líderes radicales encabezados por los que habían sido candidatos a la presidencia y vicepresidencia en las últimas elecciones, José Tamborini y Enrique Mosca, así como por los diputados nacionales Silvano Santander, Arturo Frondizi,³⁷ Absalón Rojas, Alberto M.

36. Sobre la contribución de la Argentina a la supervivencia de la dictadura española, véase Raanan Rein, *The Franco-Perón Alliance: Relations Between Spain & Argentina, 1946-1955* (Pittsburgh, 1993); Beatriz J. Figallo, *El protocolo Perón-Franco: relaciones hispano-argentinas, 1942-1952* (Buenos Aires, 1992); Mónica Quijada, "Relaciones hispano-argentinas 1936-1948. Coyunturas de crisis" tesis doctoral, Universidad Complutense, Madrid, 1989; Marisa González de Oleaga, "La alianza Franco-Perón: Una aproximación crítica desde la perspectiva de la dependencia, 1946-1951", *Hispania*, 169 (1988), pp. 625-689.

37. Hay quienes expresaron dudas respecto a la sinceridad y la consistencia ideológica de la

Candiotti y otros. Junto a las de ellos aparecían las rúbricas de los líderes socialistas Nicolás Repetto, Alfredo L. Palacios, Enrique Dickmann y Américo Ghioldi, así como uno de los dirigentes del Partido Nacional Demócrata (conservador), Eduardo Laurencena, y el líder del Partido Demócrata Progresista, Luciano Molinas.³⁸

La oposición de los radicales a la alianza Franco-Perón se expresó sobre todo en el Congreso, y la utilizaban para acometer contra el gobierno peronista y su política exterior. Sus voceros buscaban clasificar a la dictadura franquista y al régimen de Perón en la misma categoría, explicando el apoyo a España como una expresión de la similitud ideológica entre ambos regímenes.³⁹ Cada acontecimiento en las relaciones hispano-argentinas de aquel período despertaba la ira de los diputados radicales, que no escatimaron sus críticas al gobierno durante los debates parlamentarios sobre las cuestiones de política exterior. Así ocurrió cuando Franco y Perón intercambiaron condecoraciones el 12 de octubre de 1946, cuando el embajador argentino ante la ONU, José Arce, se pronunció en contra del boicot diplomático al régimen de Franco cuando Pedro Radío fue enviado como embajador a Madrid a pesar del boicot internacional, cuando ambos países suscribieron acuerdos económicos, o cuando Eva Perón visitó la península ibérica en junio de 1947.⁴⁰

La hostilidad de los radicales hacia el régimen de Franco y a la cooperación con éste era compartida por el diputado por la provincia de Buenos Aires, Cipriano Reyes.⁴¹ Reyes fue uno de los organizadores de la manifestación de apoyo a Perón en octubre de 1945, y de los fundadores del Partido Laborista, que era la médula de la coalición que encabezó Perón en la campaña electoral posterior. No obstante, Reyes, que deseaba mantener la independencia de su partido, fue forzado hacia la oposición, cuando Perón impulsó la unión de las diversas fuerzas que lo apoyaron en el marco de sólo un partido político, que

postura anti-franquista del partido radical en general, y de Frondizi en particular, ya que durante su presidencia (1958-1962), las relaciones entre la Argentina y la España de Franco fueron decididamente cordiales, e incluso Frondizi visitó Madrid, donde fue cálidamente recibido. En respuesta al cuestionario del autor, Frondizi escribió el 21 de julio de 1989: "Mantuve buenas relaciones con España durante mi gobierno [...] Mi postura abiertamente opositora del pasado no fue mencionada jamás".

38. Con respecto al manifiesto, véase AMAE, R. 1756/12, de Bulnes al MAE, 23 de octubre de 1946; *La Nación* y *La Prensa*, 22 de octubre de 1946; National Archives (Washington D.C.) (en adelante NA), Documents of the Department of State, Record Group 59, 852.00/10-2546, Buenos Aires Embassy to State Department, 25 de octubre de 1946.

39. De hecho, había poca similitud ideológica entre el peronismo y el franquismo, y Perón tuvo diversos motivos para su cooperación con la dictadura española. Véase Raanan Rein, *The Franco-Perón Alliance...*, ch. 4.

40. Véase por ejemplo *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, 1946, vol. VI, pp. 799-801, vol. IX, pp. 566 y 628, vol. X, pp. 158, 383; 1947, vol. I, pp. 140 y 506, vol. III, pp. 283-284, vol. IV, p. 792; 1948, vol. I, pp. 410-411.

41. Sobre la versión de Reyes respecto al papel que le cupo el 17 de octubre de 1945, véase su libro, *Yo hice el 17 de octubre* (Buenos Aires, 1984). Sobre el conflicto entre él y el nuevo régimen, véase Félix Luna, *Perón y su tiempo* (Buenos Aires, 1984), vol. I, pp. 41-54; C. Reyes, *La farsa del peronismo* (Buenos Aires, 1987). Sobre su postura antifranquista, ver la entrevista del autor con Reyes (Quilmes, 15 de septiembre de 1989).

se convirtió en un instrumento en sus manos. A las diversas apelaciones al régimen de Franco para que indultara a presos políticos condenados a muerte —llamadas de carácter humanitario, que reflejaban también las reservas políticas e ideológicas hacia la dictadura española— se sumaron en repetidas ocasiones diputados laboristas, del pequeño núcleo que rodeaba a Reyes, así como diputados conservadores, demócrata-progresistas y al comienzo, incluso varios diputados peronistas.⁴²

El bloque peronista en la Cámara de Diputados era muy heterogéneo. Se hallaban en él representantes provenientes de corrientes ideológicas divergentes, comenzando por los nacionalistas católicos, pasando por conservadores y radicales y hasta ex-activistas de la extrema izquierda. Por lo menos parte de los diputados con antecedentes de actividad izquierdista se oponían manifiestamente al régimen de Franco.⁴³

Pero en este marco quisiera destacar el papel central que le cupo al Partido Comunista en la lucha antifranquista que se desarrolló en el marco de la opinión pública argentina. Si los radicales eran los abanderados de la oposición en el Congreso a la cooperación entre Perón y Franco, los comunistas eran sus portaestandartes fuera de la cámara legislativa. Los miembros del PCA, cuya actividad pasó a ser legal en 1945 tras 15 años de militancia en la clandestinidad, dejaban oír su voz de protesta en la calle, en manifestaciones, desfiles, manifiestos y declaraciones por vía de publicaciones y recaudación de fondos.

Nos hemos referido ya al papel desempeñado por los comunistas en pro de la República Española durante los años de la Guerra Civil. No extraña, por lo tanto, que en la campaña electoral de 1946, Codovilla citara el ejemplo de su experiencia española para acentuar la importancia de la lucha “contra el fascismo y su variante nacional [en la Argentina], el peronismo”. Menos de tres meses antes de las elecciones, el líder comunista previno que si los “naziperonistas” trataban de imponer su dominio por la fuerza, las Naciones Unidas se les opondrían; ninguno de sus estados-miembros repetiría el error de los años treinta, cuando prestaron apoyo a la rebelión de Franco contra la República. El 1º de julio de 1946, precisamente antes que Perón asumiera sus funciones como presidente, Codovilla pronunció un discurso sobre la política exterior que la Argentina debería adoptar y que habría de incluir “la

42. Sobre la postura anti-franquista de los partidos políticos y la prensa contemporáneos, véase Rein, *The Franco-Perón Alliance...*, ch. 5; así como R. Rein, “El antifranquismo durante el régimen peronista”, *Cuadernos Americanos*, 37 (1993), pp. 90-114.

43. Según el doctor Rodolfo A. Decker, primer presidente del bloque peronista en la Cámara de Diputados, hubo reuniones de los miembros de la facción en las que se produjeron fuertes discusiones referidas a las relaciones con la España de Franco, especialmente por parte de los representantes con antecedentes sindicalistas. Empero, la actitud decisiva de Perón influyó para que desistieran de la posición adoptada o por lo menos estuvieran de acuerdo en no hacer escuchar sus críticas fuera de las sesiones cerradas de los miembros de la facción (entrevista con el autor, Buenos Aires, 31 de agosto de 1989).

ruptura con el régimen sanguinario de Franco y el reconocimiento del gobierno republicano en el exilio".⁴⁴

Codovilla, el líder indisputado del partido durante décadas hasta su muerte a edad avanzada en Moscú, en los años sesenta, consideró el apoyo que dio el gobierno de Perón a la dictadura franquista durante los años 1946-1948 como un intento de "conseguir que se eche el 'manto de olvido' sobre el pasado de las naciones fascistas, como España, [...]" y "de amalgamar naciones y fuerzas reaccionarias nacionales con vista a oponerse a la política de la Unión Soviética y la nueva democracia".⁴⁵

La posición antifranquista del PCA está bien documentada en sus propias publicaciones, primordialmente en el diario *La Hora* y el semanario *Orientación*, así como en los numerosos informes sobre las actividades de ese partido compiladas por los agentes del FBI y representantes de la embajada de los EE.UU. en Buenos Aires (estos informes se conservan en los National Archives de Washington D.C.). La actividad comunista sobre este tópico encontraba un ambiente favorable en la Argentina de ese entonces y, tal como informara una de las fuentes del FBI, "la campaña del partido contra el gobierno de Franco ha sido un buen medio de propaganda para el partido, debido al hecho de que Franco es impopular en todos los círculos democráticos de la Argentina".⁴⁶ Así que, con la ayuda de su propaganda contra la dictadura española, el partido, el mayor del movimiento comunista en América Latina hasta que el cubano ocupó su lugar en la nueva Cuba de Fidel Castro —conforme a diversos cálculos hechos en Washington totalizaba de 30 mil a 50 mil miembros en la segunda mitad de los años cuarenta— logró expandir su influencia, incrementar su prestigio, movilizar apoyo no partidista y conseguir incluso la penetración en diversos grupos y organizaciones democráticos.

Durante la primera mitad de 1946, cuando aún ejercían cierta influencia en las organizaciones obreras, los comunistas estimularon a los trabajadores portuarios a que se negaran a cargar o descargar barcos españoles, como protesta contra el régimen de Franco y las ejecuciones en España. Se trataba de una protesta relativamente de gran alcance que repercutió sobre todo en los puertos de Necochea y Rosario y un poco menos en los de Buenos Aires y Bahía Blanca. Sin embargo, pocos meses después que Perón asumiera la presidencia, los incesantes llamados del embajador español y el deseo de aquél de imponer su autoridad, promovieron una acción administrativa para forzar a los trabajadores portuarios a que retornaran a la rutina de cargar y descargar los barcos españoles.⁴⁷

44. Milcíades Peña, *El peronismo: selección de documentos para la historia* (Buenos Aires, 1972), pp. 11-12; Victorio Codovilla, *Nuestro camino desemboca en la victoria* (Buenos Aires, 1954), p. 287.

45. Victorio Codovilla, *¿Resistirá la Argentina al imperialismo yanqui?* (Buenos Aires, 1948), pp. 392, 396-397.

46. Informe de la FBI sobre actividades comunistas en Argentina, 29 de julio de 1946, p. 66 (NA, 835.00B/7-2946).

47. Sobre la protesta de los obreros portuarios véanse, por ejemplo, diversos telegramas despachados por el embajador español Bulnes durante marzo y abril de 1946 (Archivo de

Los comunistas españoles combatieron al franquismo de diversas maneras. En la segunda mitad de 1946 y comienzos de 1947, su campaña de propaganda alcanzó el apogeo, con la cooperación del Partido Comunista Español en la Argentina. En el semanario *Orientación*, cuya circulación en ese entonces alcanzaba a 80 mil ejemplares, y en el órgano del PCE en la Argentina, *El Pueblo Español*, que comenzara a aparecer como quincenario en junio de 1944, la "cuestión española" constituía un tema central. El envío del embajador Radio, la visita a España de Eva Perón, la del embajador ante la ONU Arce y la del presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara de Diputados, Joaquín Díaz de Vivar, fueron acerbamente criticadas como contrarias a los sentimientos del pueblo argentino.⁴⁸ El PCA prestó también ayuda financiera a su contraparte española. A partir de septiembre de 1946, todo miembro estaba obligado a contribuir con un 10 % de su cuota mensual al financiamiento del PCE en la Argentina.

En la Argentina, así como en otros lugares, los comunistas estaban involucrados en el establecimiento de diferentes organizaciones de frente, antifranquistas, tales como la Junta Hispano-Argentina en Defensa de la República y la Junta Patrocinante de la Campaña contra el Terror Falangista. Dos organizaciones particularmente activas eran la Junta de la Victoria y la Liga Argentina por los Derechos del Hombre. La primera, organización femenina antifascista fundada en 1941, fue muy activa durante la Segunda Guerra Mundial. Su secretaria general, la doctora Cora Ratto de Sadovsky, sobresalía como una dirigente del PCA y mantenía un contacto con la legendaria Pasionaria.⁴⁹ Entre otras cosas, la Junta organizó asambleas con la participación de prominentes exiliados republicanos, consiguió firmas para la presentación de peticiones, envió llamamientos al Ministerio de Relaciones Exteriores argentino para que intercediera ante el régimen franquista en favor de presos políticos a punto de ser ejecutados y recaudó ayuda para los exiliados republicanos en Francia. Filiales de la organización a todo lo largo del país tomaban parte en tales actividades.

A mediados de los años cuarenta, el PCE lanzó una campaña de lucha guerrillera dentro del territorio español, con la esperanza de rebelar a la población contra el régimen. Aunque frecuentemente lucharon con heroísmo, no lograron suponer un serio desafío a las fuerzas de seguridad de Franco, mientras que la población, que temía un nuevo deterioro hacia una guerra civil y un baño de sangre, evitó en general apoyar en forma activa a la

la Presidencia del Gobierno, Madrid, Leg. 11). Sobre la terminación de dicha protesta, véase Bulnes al MAE, 5 de agosto de 1946, Leg. 9.

48. Informes del 17 de enero, 24 de abril y 8 de agosto de 1947 (NA, 835.00B/1-1747, 835.00B/4-2447 y 835.00B/8-847).

49. Informes del FBI sobre la Junta de la Victoria, 16 de julio y 20 de noviembre de 1946 (NA, 835.00B/7-1646, 835.00B/11-2046). El embajador Bulnes escribió que la mayoría de las mujeres de la organización eran de "[extracción] judía, polaca y yugoeslava, y más unas pocas exiliadas españolas" (6 de agosto de 1946, AMAE, R. 1940/1945). En otras palabras, sólo faltaban los francmasones para completar el panorama de las fuerzas del mal que amenazaban a la España católica, junto a los comunistas, republicanos y judíos.

guerrilla.⁵⁰ Cada vez que uno de los activistas, infiltrado clandestinamente en España, era apresado, los comunistas iniciaban una campaña internacional en su favor.

Esta campaña llegó a su punto culminante en la Argentina tras la captura en Madrid de Santiago Alvarez y Sebastián Zapirain en agosto de 1945,⁵¹ y nuevamente en julio de 1948, después del arresto de Antonio Seoane Sánchez en Galicia. Antes de su retorno clandestino a aquella región, Zapirain había sido el líder del PCE en la Argentina, donde contrajo matrimonio, y sus hijos eran ciudadanos argentinos. Su esposa, Dora Trumper, fue activa en la cruzada para salvarlo. Seoane también había formado su familia en la república del Plata y militó en el PCE en la Argentina, antes de ser reclutado para operaciones clandestinas en su patria. Una extensa campaña pública fue emprendida en favor de esos hombres, lo que obligó al gobierno argentino a interceder por ellos ante el régimen de Franco. Las vidas de Alvarez y Zapirain fueron efectivamente salvadas, gracias a la intervención de la cancillería argentina. Pero el telegrama enviado por Perón en noviembre de 1948, pidiendo a Franco que perdonara a Seoane, no surtió efecto; el día anterior a la entrega del pedido de Perón al Caudillo, por parte del embajador Radó, Seoane había sido ejecutado.⁵²

También en el bando peronista, como ya se mencionó, hubo muchos que expresaron reservas respecto al régimen de Franco y al apoyo al mismo,⁵³ aunque, mientras Perón respaldó esta política, tales expresiones no se hicieron en su mayoría públicas. Sin embargo, desde que la alianza hispano-argentina comenzó a desintegrarse en forma paulatina a partir de 1949, también la prensa peronista se hizo eco de las críticas a la dictadura ibérica. Los partidarios del franquismo en la Argentina se limitaron desde entonces principalmente a los círculos nacionalistas de la extrema derecha, que tras la derrota del Eje mostraron al régimen del Generalísimo como el modelo que debían adoptar los pueblos hispanoparlantes.

En los años cincuenta, durante la Guerra Fría, se fortaleció la posición internacional del régimen de Franco, y también sus oponentes perdieron las esperanzas de su pronta caída. A medida que se alejaba la Guerra Civil, se

50. Sobre la actividad guerrillera de esos años, véanse Andrew Cowan, "The Guerrilla War against Franco", *European History Quarterly*, vol. 20, 2 (1990), pp. 227-253; José Antonio Vidal Sales, *Después del 39: la guerrilla antifranquista* (Barcelona, 1976); Enrique Lister, "Lessons of the Spanish Guerrilla War (1939-1951)", *World Marxist Review* (February, 1965), pp. 35-39.

51. El arresto de Alvarez y Zapirain causó la captura de otros setenta comunistas, lo que significó un golpe severo para el partido. Véase Alba, *The Communist Party...*, p. 320.

52. Proyecto de telegrama de Perón a Franco, s.f. y Radó al MREC, 8 de noviembre de 1948 (AMREC, División Política, España 1948, 19/8). Véanse en el mismo expediente también las cartas del hijo de Seoane enviadas a Evita y Bramuglia; Subiza a Sosa Molina, 30 de octubre de 1948; y Radó al MREC, 19 de noviembre de 1948.

53. Aun dentro de su propio gobierno, Perón se topó con cierta falta de entusiasmo hacia su "conexión española". Los dos ministros más destacados de la primera presidencia, el canciller Juan Atilio Bramuglia y el ministro del Interior Angel Borlenghi, disintieron con la política profranquista del primer mandatario.

iba acallando también la intensidad de las emociones que había despertado. No obstante, como hemos visto, durante por lo menos diez años tras la finalización de la contienda fratricida, la mayor parte de la opinión pública argentina mantuvo sus posturas antifranquistas, pese a los vuelcos políticos domésticos y externos que se produjeron en aquellos años.

Traducción del hebreo: Eliezer Nowodworski

RESUMEN

La guerra civil española iniciada en 1936 repercutió en la sociedad argentina más que en cualquier otro país hispanoamericano y provocó la polarización de la República del Plata. Los rebeldes así como el gobierno legítimo se empeñaron en conseguir apoyo material y diplomático en el subcontinente americano y alrededor de sus representantes empezó a formarse un lobby profranquista y un lobby antifranquista, cada uno asimilando las coordenadas del conflicto español a la escena doméstica.

El artículo describe estos grupos de presión y sus actividades en la Argentina a partir de los años de la guerra civil y hasta el período del pacto Perón-Franco. A lo largo de esa época los distintos gobiernos argentinos mostraron en menor o mayor medida una inclinación pro-España franquista por varias razones, mientras la mayoría de la opinión pública se mostró pro-republicana. El artículo analiza las distintas manifestaciones de la opinión pública como se expresaron en el Congreso Nacional, en la prensa diaria, en las actividades de los partidos políticos y de distintas asociaciones y en el seno de la colonia de emigrantes españoles.

ABSTRACT

The Spanish Civil War which started in 1936 had a greater repercussion on Argentine society than on any other Latin American country and produced a polarization in the River Plate. Both rebels and legitimate government made efforts to obtain material and diplomatic support on the American subcontinent and their representatives became the nuclei of pro-Franco and anti-Franco lobbies, each one incorporating the axes of the Spanish conflict into the domestic scene.

The article traces these pressure groups and their activities in Argentina from the civil war years up to the time of the Perón-Franco pact. Throughout this period, for a number of reasons the different Argentine governments showed varying degrees of bias towards pro-Franco Spain, while public opinion was pro-Republican. The article analyzes the different expressions of public opinion as shown through the National Congress, the daily press, in the activities of the political parties and of various associations and within the Spanish immigrant community.